



Un/a narrador/a se hace narrando. Nadie puso en duda que la experiencia es una baza fundamental en la formación de un/a narrador/a. A medida que el cuento se va conformando, su contador/a lo va integrando a su manera de ser, y así se produce un círculo perfecto de reciprocidades. El público va dando las pautas de la recepción, sus reacciones le ofrecen pistas al narrador/a para darle la forma definitiva al cuento, que también tiene su manera peculiar de pedir ser contado. Al final, cuantas más veces se cuente el cuento, más pautas se tienen de cómo pide ser contado, según el espacio, el tiempo, el receptor y la personalidad propia del que lo narra.

La escucha es fundamental. Directamente relacionado con lo anterior. La capacidad de escucha proporciona unas claves imprescindibles en el oficio. Seguimos en el plano de la formación empírica, donde nuestras experiencias, reflexionadas o no, son la base de nuestra individualidad como narradores.

Importancia de los cursos de profesionales de la narración oral. Los profesionales que tienen ya un camino andado en la narración oral a veces realizan cursos para compartir sus experiencias mostrando a quienes empiezan senderos para seguir caminando, para seguir formándose. La opinión unánime de los

asistentes a la mesa redonda fue que estos cursos amplían horizontes, dan pautas y sirven para descubrir el estilo personal de cada narrador, o por lo menos, en la mayor parte de los casos. Puede ocurrir también que algunos profesionales restrinjan demasiado la forma de contar, creando alumnos/as a imagen y semejanza del maestro, con lo que se produce un empobrecimiento en lo que tendría que ser un espectro variado de narradores y narradoras.

La figura del Maestro. Por lo expuesto en el punto anterior, la figura del Maestro, entendido como guía y orientación, tendría un papel destacado en la formación de futuros profesionales. Incluso se planteaba recuperar la relación Maestro-Discípulo en la que el/la discipul@ compartiría las experiencias del Maestro, viajaría con él, observaría su oficio...

Estas serían, en mi opinión, las reflexiones a las que llegamos a partir de la pregunta inicial sobre la formación específica del narrador/a. En ellas también se responderían implícitamente otras cuestiones sobre el tipo de indicaciones, sugerencias o referencias que se le darían a una persona que decide dedicarse a contar cuentos.

¿Cuáles serían los contenidos específicos en la formación de un/a contador/a de historias? Pues bien, no sorprenderá si la conclusión a la que llegamos es que estos contenidos van directamente ligados al tipo de narrador/a. Se consideran necesarias unas mínimas nociones sobre el cuerpo, la voz, el gesto, la escucha, incluso sobre acústica e iluminación para saber defenderse en los locales donde se realizan las sesiones de cuentos. Además, se mencionaba el arte culinario, el saber cocinar, como un requisito para saber combinar los ingredientes del cuento, para evocar sabores, olores, recuerdos de infancia. Decía Martha Escudero que habría que saber bailar y cantar. Yo concluyo que, en fin, para narrar hay que aprender a ser libres.



Microponencia: Literatura y oficio ◀◀◀◀◀◀◀◀◀◀

Marina Sanfilippo (msanfilippo@flog.uned.es)

El título inicial de la microponencia que se me encargó era *Literatura del oficio*. que hablar de los principales manuales de narración oral que existen en el mercado, ya que por una investigación mía tuve que leer unos cuantos. Pero esa palabra, “literatura”, contenida en el título, me daba vueltas en la cabeza. ... Literatura ... ¿se refiere a cualquier uso artístico de la palabra? La etimología suele significar algo y “literatura” viene de *littera*,

letras. Sé que muchas veces se habla de literatura oral, como si así se diera más nivel cultural al arte oral, pero creo que lo oral no gana nada al ser considerado literario. La oralidad tiene mucho más que ver con la música y con el ritmo, con los que comparte el canal de percepción y muchas reglas de composición, que con lo escrito, por muy bello y literario que sea.

Me gustaría aclarar que trabajo en una facultad de filología y amo la literatura, sin embargo creo que

una estrecha cercanía con la literatura puede ser nefasta para la narración oral como lo ha sido para el hecho teatral, del que durante siglos la cultura oficial valoró sólo el texto escrito y no la representación. Por cierto, no sé por qué se ha hablado muchas veces de si la narración pertenece o no pertenece al mundo del teatro y en cambio por lo general se acepta tranquilamente y con gusto cualquier acercamiento a la literatura. Sé que las bibliotecas han tenido y tienen mucho que ver con el renacimiento de la narración oral, y se lo agradezco, pero me asusta una cercanía excesiva con el mundo del libro. En Italia, en sus talleres Darío Fo aconseja a los actores-narradores, para que encuentren su voz, que utilicen el dialecto porque el dialecto no se escribe y no se lee.

Antes he hablado de lo musical y lo teatral, pienso que incluso el cine tiene más mecanismos en común con la narración oral que lo escrito, ¿por qué buscamos las historias en los libros y muy poco en las películas? ¿No son más importantes las imágenes que las palabras? Lo nuestro es narración oral y *oral* no significa sólo *verbal*. Lo verbal [y a mí también a veces me gusta decir que la narración es arte de la palabra] puede ser secundario y cito a Cicerón “hombres incapaces de hablar consiguieron a menudo el fruto de la elocuencia por la dignidad de su acción (es decir la voz, el gesto y la presencia escénica) y muchos oradores con facilidad de palabra fueron considerados incapaces de hablar por su imperfección en la acción”.

Cada día me doy más cuenta del poco valor que nuestra civilización da a lo oral, al discurso oral se le ve como menos elegante, menos culto, más descuidado..., incluso menos expresivo que lo escrito. Y no es así: el discurso oral tiene sus reglas y su lógica, pero las gramáticas se han construido sobre la lengua escrita. Lo oral no necesita un montón de elementos que han nacido con la escritura y que nos parecen parte de la lengua en general; de hecho, son necesarios cuando escribimos, pero en lo oral se dicen con una entonación, no con una palabra. No es ningún error repetir y ... y ...y; existen montones de repeticiones en la oralidad, cada una con su entonación, cuando la repetimos es porque la musicalidad y el ritmo nos están pidiendo un entramado de ecos y repeticiones.

En otras civilizaciones, en cambio, lo escrito no tiene rango superior a lo oral. En el avance de mi ponencia he citado a un orador griego (los griegos no tenían en mucha estima a la escritura, de hecho dejaron morir la escritura lineal B), Anasimante, que decía que los oradores que utilizaban la escritura para preparar sus discursos con antelación (en paralelo se puede aplicar a los contadores que utilizan la escritura en la construcción de sus historias) son “como los que, liberados de las cadenas después de un largo

encarcelamiento, no pueden andar normalmente sino que repiten las posturas y las formas con las que estaban obligados a desplazarse cuando estaban encadenados” puesto que “la escritura, ralentizando los procesos mentales, hace que el cerebro sea torpe y pesado y obstaculiza el libre curso de la improvisación” (Anasimante, *Contra los que escriben los discursos*, Atenas siglo IV antes de Cristo). Y también: “Cuando uno se acostumbra a componer los discursos minuciosamente, a conectar las frases con esmero y búsqueda de la armonía, a perfeccionar la expresión gracias a largas reflexiones, es inevitable que, pasando a los discursos improvisados, es decir haciendo lo contrario a lo que está acostumbrado, uno se sienta lleno de dificultades y desorientado, totalmente incómodo, como los tartamudos”. Y dejemos a un lado la improvisación, aunque si la narración oral es un diálogo con quien nos escucha la improvisación es un elemento fundamental (y no hablo de la frasecita graciosa que cualquier narrador puede insertar en su actuación porque suena un móvil, se rompe un vaso, etcétera. Hablo de un entrenamiento a la improvisación como existía en la *Commedia dell'Arte* o como la que utilizaba cualquier narrador ambulante que, durante una narración, de pronto se daba cuenta que si lograba estirar su cuento 15 minutos más, a lo mejor con la hora que era lo invitaban a cenar). Pienso que muchos hemos nacidos en un mundo en el que no se enseña a hablar de forma artística, efectiva, “con alma” (a algunos los ayuda la tradición familiar que sí puede formar en este sentido) y que, aunque sea sólo por un tiempo, alejarse de la escritura, del mundo del libro, puede ayudar a encontrar algo al que le cuesta encontrar su voz y sus reglas después de siglos de desprecio. Más Anasimante: “Como los cuerpos reales, aunque son menos atractivos que las hermosas estatuas, desarrollan muchos servicios útiles, así también el discurso que brota espontáneamente del cerebro es animado, lleno de vida, capaz de adaptarse a lo que pasa como un organismo viviente, mientras el discurso escrito, que tiene la naturaleza de las estatuas, carece de eficacia”.



Ahora os voy a aburrir un momento con lingüística: por lo visto la frase es un concepto únicamente escrito, hablando no formulamos frases, sino algo distinto (enunciados) y estos se estructuran de una forma curiosísima, forman arquitecturas simétricas en las que los elementos (sonoros, gramaticales y los conceptos) vuelven a aparecer según un orden muy geométrico y sorprendente, mucho más complejo que la idea de repetición de palabras, para volver a o para actualizar un punto del cuento. Crear estas estructuras, que son las que ayudan a

que lo que uno dice sea comprensible y placentero de escuchar, si uno se queda cerca de la escritura es prácticamente imposible a no ser que vayamos a la poesía directamente.

Para concluir, la escritura es muy útil para una infinidad de cosas, pero no para lo que hace un narrador oral y, según un narrador italiano, Marco Baliani, “es necesario descubrir por uno mismo el *andamento* del cuento, como si uno aprendiera nuevamente a andar, luchando duramente para olvidar la lineal potencia de la palabra escrita”.



Micropoencia: Un viaje a la transversalidad de los cuentos

Piratas de Alejandría (www.piratasdealejandria.com)

Hoy en día el origen de las cosas se nos ha vuelto oscuro y confuso. Pensamos que la leche viene del brick y que las lechugas crecen envasadas en las cámaras frigoríficas de los supermercados, que los peces nacen sin espinas ni escamas y que los pollos se crían en tres exóticas variedades: fileteados, de piel empanada o croquetiformes. Creemos que la luna es un efecto multimedia proyectado sobre el cielo y que el canto de los pájaros en los parques es un hilo musical de chill-out, y preferimos como se ven las puestas de sol desde nuestro home cinema 5.1 que al natural desde cualquier balcón.

Hemos perdido el gusto por lo natural en pos de lo envasado al vacío en muchas de las facetas de nuestra vida, y eso nos ha hecho olvidar el principio original de cada cosa. Los cuentos no son una excepción, son algo natural, como la luna, los pájaros y las puestas de sol, y por tanto tienen un origen, son creados, criados y mimados en alguna parte y, para llegar hasta ti, alguien ha de tomarlos de allí y hacer el viaje que te separa de ese remoto lugar. Éste transporte se hace a través de “la palabra”.

Estos largos viajes no pueden ser en vano. ¿Tendrán un finalidad? ¿Tendrán un sentido?... Nuestra experiencia nos hizo darnos cuenta, en el barco, de la diversidad de la tripulación. Para combatir el fenómeno social del racismo y la xenofobia, hay que ir más allá de la piel para iniciar así un proceso de reflexión personal que parte de aquello que nos es común a todas las personas: los sentimientos y la búsqueda de la felicidad. Descubrimos que una de las formas de hacer esto posible es: “la narración”.

Cuando “desembarcamos en la isla del amor y el deseo abrimos nuestros ojos” para “ver” que existen personas homosexuales y heterosexuales. Esta apertu-

ra, que se traduce en poder hablar del tema de la sexualidad con una cierta libertad y normalidad y, sobre todo, en poder vivirla realmente, dista mucho de ser completa, ya que sigue estando mediatizada por multitud de mitos y creencias erróneas difíciles de erradicar. Nos fuimos a dormir estando de acuerdo en que los cuentos son un medio más para crear espacios de reflexión y debate que propicien cambios de actitud.

Llegó la hora de construir cabañas y buscar comida. Mujeres y hombres se pusieron manos a la obra según “sus roles aprendidos”, diferencias entre el hombre y la mujer, que llevaban como consecuencia la superioridad de uno sobre la otra, y, como muchos de los cuentos que nos han contado han colaborado a ello, ¿por qué no utilizar nuevos cuentos para conseguir lo contrario?

Recordamos al observar el árbol que majestuosamente coronaba la isla una idea sugerente que nos evocó la escena típica en la que una persona se sienta a la sombra de árbol a compartir una lectura con el césped, las hormigas y el resto de espacio que dejamos a la naturaleza en nuestros cada vez más cre-

